

**LOS AÑOS CONTADOS: LAS ELEGANTES MEMORIAS
DE JOSÉ LUIS GIMÉNEZ-FRONTÍN**

**LOS AÑOS CONTADOS: THE ELEGANT MEMORIES
OF JOSÉ LUIS GIMÉNEZ-FRONTÍN**

Juan Carlos ELIJAS ESCORIHUELA

Instituto Pons d'Icart
jcelijas@gmail.com

Resumen: José L. Giménez-Frontín (1943-2008) dedicó su vida a la gestión cultural, participando además como poeta, novelista, ensayista, crítico y articulista periodístico. Cuarenta años de entrega a la literatura contados en unas memorias publicadas dos meses antes de su fallecimiento.

Abstract: José L. Giménez-Frontín (1943-2008) dedicated his life to cultural management and was also a poet, novelist, essayist, critic and newspaper columnist. His forty years devoted to literature were told in a memoir, which was published two months before his death.

Palabras clave: Giménez-Frontín. *Los años contados*. Memorias.

Key words: Giménez-Frontín. *Los años contados*. Memoirs.

El estudio crítico y académico del interesante mundo de las memorias, los diarios, los epistolarios, los autorretratos y las autobiografías en España,

cumple ya una mayoría de edad que supera las tres décadas, continuando una tradición que cuenta con creces el medio siglo, si tomamos como punto de partida el texto embrionario de Gusdorf (1991: 9-17), de 1948.

Estudiosos teóricos del género como Philippe Lejeune, Michael Sprinker, Karl J. Weintraub, Elizabeth Bruss, James Olney, Paul de Man, o también un notable pionero como José Romera Castillo, Ángel G. Loureiro o Anna Caballé entre otros muchos —estos últimos con estudios sobre autores españoles— han contribuido con sus trabajos y matices a la formación de una memoria colectiva del mundo de quienes se dedicaron a la creación artística y, al relatar su propia biografía, colaboraron con una obra retrospectiva a perpetuar esa función estética del lenguaje.

Como es de recibo, y así lo menciona Anna Caballé, «el hecho de que España haya vivido su historia reciente (república, guerra civil, consecuencias de la guerra civil, dictadura, democracia) con la mayor intensidad favorece la voluntad de análisis y reflexión sobre lo acontecido» (Caballé, 1991: 163).

Si abundamos en otras razones, Romera Castillo destaca el negocio editorial, el individualismo y *voyerismo*, la mayor libertad de expresión después del 75, un ejercicio de catarsis que «se ofrece con estos *recuerdos* —y *olvidos*— un arsenal interesantísimo para conocer la historia —y la intrahistoria— de los últimos años de la compleja realidad española» (Romera Castillo, 1991: 170).

La apreciación de Ángel G. Loureiro en torno a la justificación de la capacidad cognoscitiva de la autobiografía, resulta interesante desde la óptica del nacimiento de las diferentes teorías que han ido amparando estos estudios: los teóricos recurren tradicionalmente (...) a una ciencia como apoyo para la autobiografía (la historia, la antropología filosófica, el derecho, las teorías del lenguaje, la psicología o la filosofía (Loureiro, 1991: 5). Evidentemente, se colige la pregunta: ¿no resulta autosuficiente la autobiografía *per se*, con todos sus pros y sus contras?

Giménez-Frontín dejó constancia de este tipo de escritos en dos ocasiones (Giménez-Frontín, 1996; 2008) y el objetivo de este artículo es dar cuenta de la segunda de estas entregas y desentrañar qué *otro* creó el autor para hablar de sí mismo.

Solo un inciso para incluir una curiosidad respecto a *Woodstock road en julio* (1996). Y, en concreto, al segundo segmento del título: *Notas y diario*. El diario es un registro establecido y sobre él se han aplicado numerosos estudios (Romera Castillo, 1994). Entre los mayores del género, junto al diario,

figuran las memorias y autobiografías —a veces compartiendo delicadas fronteras—, y a diferencia del primero, trabajan la reconstrucción o representación del pretérito. Entre los llamados menores o elaborados con notables matices, se citan: autorretratos, diarios íntimos, epistolarios, confesiones, autobiografía dialogada, poemas o ensayos autobiográficos, crónicas o libros de viajes. Sin embargo, Giménez-Frontín eleva la nota a la categoría del más digno de los subgéneros, algo parecido a lo que Vila-Matas hiciera con sus *bartlebies*. Y no solo eso, sino que Giménez-Frontín, en una discreta exhibición de ironía, se permite el epígrafe subsubgenérico: «Nota a la nota».

En el fondo, setenta años de estudio teórico para dar con la clave organizativa de las obras que hablan de uno mismo, o, al menos, con un yo autorizado. El ser humano y sus circunstancias, su voluntad, su memoria, su inteligencia puestas al servicio del acto de escritura. Su punto de encaje en el pacto de lo autobiográfico, entre las dimensiones del escritor (autor, narrador, protagonista) y la recepción que aporta el lector. Entre el sujeto y el lenguaje utilizado para hablar del sujeto. El sujeto emisor y el sujeto objeto. En teoría, por respeto a los semas, no debería poderse hablar del objeto más que objetivamente. Es decir, cuanto menos subjetivas resulten las autobiografías o memorias, más deberían convenir a los requisitos etimológicos del género.

Cuanta mayor distancia entre el narrador y el personaje, más se ajusta la autobiografía al decoro. Cuanto más cercana resulte la complicidad entre los sujetos, más comedida se muestra, más llana, más de orden y costumbre, en las ocasiones en que el autor elude el acto de reflexión. Narrador y personaje protagonista se resienten cuando disminuye la exigencia de cierta distancia que permita precisar los tiempos, y en ocasiones aumenta su valor en cuanto al homenaje a la camaradería y los efluvios de la vanagloria. Una subjetividad, gratuita, que dota a la obra de virtudes como una mayor vulgaridad, una expresión menos artificiosa y decididamente más sensual, menos distinguida, menos alta, más humana y humilde, podría decirse.

De todas formas es muy complicado acotar algo tan diverso como es la combinación de todos los factores para llevar a cabo la redacción de unas memorias. Quizás sea conveniente ubicar *Los años contados*, pasarle un tanto el bisturí e intentar categorizar cuanto observemos.

Según la preceptiva definición del género (Lejeune, 1991), diremos que la firma del autor se corresponde con la identidad de quien va a narrar la vida de un protagonista que no es otro que él mismo. En ese sentido, Giménez-Frontín se lo puso fácil a sus lectores: la misma sencillez que el argumento métrico de su poesía (heptasílabos, de vez en cuando doblados en alejandrinos y algún

endecasílabo). Sí que defendía, sobre todo, la importancia de la justificación de la presencia de una autobiografía y, eso sí, un alto grado de honestidad.

Me parece de lo más interesante, incluso teniendo en cuenta su comicidad, la pregunta que el autobiógrafo de Lejeune se hace: «¿Quién es yo?» (1991: 50). A lo que añadiríamos, para complicar algo más el camino a la ansiada solución categórica: «¿Quién dice ser yo?». En principio, no hay problema para encajar esta obra en un canon ortodoxo: coincidencia de la identidad entre autor, narrador y personaje, narrado en primera persona, el yo que reconstruye o representa el pretérito y da noticia de cómo han filtrado el paso del tiempo su inteligencia y su sensibilidad. Hablamos de un nombre propio asociado a una persona real que relata retrospectivamente en prosa su existencia, resaltando su vida individual y su personalidad, por decirlo según definición y argumentos de Lejeune. Y habría que cuestionarse la en este caso incuestionable firma, si necesario fuere incidir en los reparos de Paul de Man a la propuesta lejeuneana (1991: 114).

Yo me respondo que el yo es el que calla, el pacto autobiográfico reside precisamente en lo no contado, que provoca mayor brillo a lo narrado. Porque los años, en realidad, son contados muy selectamente en cuanto a la vertebración de la diégesis, y se aprecia al mismo tiempo una cierta omisión de referencias temporales que doten de exactitud al texto: no están contados matemática y escrupulosamente.

El lector concede desde la primera línea la autoridad al autor para que cuente lo que quiera y que omita lo que desee. La refundación de lo vivido quedará en manos del sacrificado escritor que habrá de discurrir el modo como formalizar la entrega.

Giménez-Frontín establece una clásica proyección cronológica, desde los barrotes de la cuna hasta el asesinato de Ernest Lluch. Los tiempos contados por un narrador tan dúctil que a veces se advertirá distanciado del autor y en otros momentos no se apreciará distinción (se llega a emplear la resolutive expresión «el narrador, o sea, yo»), con un personaje que parece advertir qué de él se cuenta, mientras el escritor Frontín, que firma la cubierta del libro como Frontín, se permite ciertas distinguidas licencias con el narrador que no es otro que él mismo, en una relación que tímidamente se encamina por el sendero cervantino, en el que la sombra de Benengeli se presenta alargada.

Giménez-Frontín manipula con pericia los cambios de persona, pues ha ido practicando el método en sus novelas y en sus poemas, alcanzando soluciones más que logradas. Del mismo modo, mucho de lo escrito por este

autor —un libro de viajes, un diario, unas notas, una reseña, un artículo de opinión, una columna— tiene que ver con un acontecimiento de su biografía, un suceso que ha conmocionado su sensibilidad, su inteligencia.

La manera de transmitir tales acontecimientos pone al servicio del género autobiográfico su experiencia como novelista, como periodista y como poeta, intuyendo muy acertadamente por el amplio recorrido que alberga en el mundo de la literatura, cuál va a ser el elegante pacto autobiográfico con la cuarta persona del singular, es decir, con el lector: únicamente vamos a escribir y a leer aquello que pueda ser corroborado por terceras personas.

Desde esta óptica, cabría decidir si *Los años contados* pueden catalogarse como un libro de memorias o como una autobiografía. Podría tenerse en cuenta la siguiente apreciación:

Las distinciones entre autobiografías y memorias se basan en el hecho de que en la autobiografía el énfasis se pone en la intimidad, mientras que en las memorias es importante sobre todo el aspecto social: la relación de una persona con los acontecimientos de relevancia histórica que ha presenciado o con la gente a la que ha conocido. Al tener como objeto central de tratamiento la propia vida del autor, las autobiografías se diferenciarían de las memorias, en las que la vida del sujeto creador está sometida tanto a nivel temático como formal al contexto social, económico, cultural y político, elemento relevante y central del texto (Sánchez Zapatero, 2010: 8).

Darío Villanueva propone el referente del lector a la hora de matizar este tipo de escritos:

la autobiografía es ficción cuando la consideramos desde una perspectiva genética, pues con ella el autor no pretende reproducir, sino crear su yo; pero la autobiografía es verdad para el lector, que hace de ella, con mayor facilidad que de cualquier otro texto narrativo, una lectura intencionalmente realista (Villanueva, 1999: 28).

La construcción del sujeto tiene que ver con el enfrentamiento del mismo ante el lenguaje y su doble registro, como sujeto mismo, y como objeto:

considerar la autobiografía no como el acto de reproducción o de autoconstitución de un sujeto, sino como el lugar privilegiado en que esa doble sujeción se manifiesta y por la cual, al mismo tiempo, al sujeto lo hacen y se hace (Loureiro, 1993: 44).

Será Romera Castillo quien aporte:

una distinción entre el estado de autobiografía y el acto de autobiografía. De ahí que se pueda afirmar que el hombre vive en un estado autobiográfico continuo, pero que solo unos pocos (los que poseen competencia para ello) realizan un acto de escritura a través del cual dejan huellas de su personalidad (Romera Castillo, 1980: 53-54).

Anna Caballé propone el criterio definitivo en torno al libro de Frontín, calificándolo de *memorias*, un retrato de los tiempos, pues lo lee en función de los acontecimientos de la historia que se suceden constantemente y «es de lamentar que no incluya el tanteo de la intimidad (...) expone su temor a perder la perspectiva, abandonarse a la infatuación y a la puesta en escena interesada de sí mismo» (Caballé, 2008b).

Y cierto es. Sin embargo, quizás habría que computar precisamente los aspectos en que sí Frontín habla de sus asuntos más íntimos (evidentemente, de los que tienen que ver con la creación de su obra, de sus viajes, de sus momentos menos saludables, de su familia, de la construcción del sujeto que vivió también a solas, y no, por ejemplo del despliegue del elenco de las señoras con las que mantuvo algún tipo de relación).

Desde este punto de vista, cabría decir que lo autobiográfico tiene su importancia en este libro de memorias, aunque no adquiriera la categoría de híbrido si no se quiere. Con este ejemplo se hacen evidentes las estrechas fronteras que a veces existen entre los géneros mayores de las «plasmaciones vivenciales» (Romera Castillo, 1994: 3) y que continúa siendo el caballo de batalla de teóricos y estudiosos del tema. Una muestra más de las «varias posibilidades de *retorno sobre sí mismo*, así como de relación consigo mismo, que están mediatizadas por la psicología y la metafísica de la cultura» (Molino, 1991: 110).

En *Los años contados* asistimos a una crónica desde la Barcelona preolímpica de los 50 y los 60 a la Barcelona postolímpica. Una crónica redactada por uno de los escritores que han dejado un testimonio en su vida y en su obra de la ciudad que lo vio nacer, crecer y morir. La intención es la de dejar constancia de unos recuerdos «para ilustrar los tiempos» (Giménez-Frontín, 2008: 317)¹.

¹ A partir de este momento, se citará únicamente el número de página, ya que todo extracto pertenece a la única obra que se somete a análisis.

Interesa, en una propuesta de este tipo, detectar el inicio desde donde se enfoca la diégesis de este peculiar género entre los grandes, fabulada con ánimo de certeza (es sintomático que en el título no reza la palabra memorias, ni biografía, ni diario, ni otra que pretenda definir el subgénero): son los años (el tiempo cuantificado) contados (narrados y computados, en un alarde conceptista y polisémico).

Siempre bajo la sombra de los epitafios de Wordsworth —el fracaso de todo intento de discurso autobiográfico— Frontín encamina la redacción de sus memorias con cierto ánimo de exactitud —sobre todo subjetiva: interesa, verbigracia, más la reproducción de sus reacciones emocionales e intelectuales ante lo narrado, que aportar la fecha y la hora, el mes o incluso el año de los hechos— y, sobre todo y eso sí, sinceridad, elementos sustanciales que centran la atención del lector, según Olney (Loureiro, 1991: 5).

Desde el punto de vista de Weintraub (1991: 19), podríamos definir el compendio fabulado de recuerdos de Giménez-Frontín como una autobiografía, en tanto que se narran «realidades *experimentadas* de forma concreta [...] por el sujeto que las ha llevado a cabo».

En cuanto a las referencias biográficas que aporta el libro y que pueden relacionarse con su obra, podemos rastrear la información siguiente, imbricada técnicamente en la diégesis. Según se afirma, parece que el libro se halla compuesto en 2004. En ese momento Giménez-Frontín lo da a leer a dos amistades para obtener opinión ajena. Desde el momento en que el autor redacta esas dos opiniones en el capítulo «68 La casa de cristal» afirma que se ha destruido la posibilidad de darle al libro una estructura circular. Es posible que con ello pretenda incidir en esos dos elementos externos que rompen el recorrido narrativo del autor como dos condicionantes de una «estructura que permite el despliegue de las pautas de figuración» (De Man, 1990: 63). Dos interlocutores, dos extrapolaciones, dos testigos, dos rompedores del círculo, que intervienen desde la otra realidad, la de la vida ficcionada.

Cuando se refiere a sus colaboradores emplea la fórmula «mi amigo lector». La valoración que Giménez-Frontín anota de uno de los lectores es la que incide en la excesiva contención en cuanto a los asuntos sentimentales relacionados con señoras y la total contención en la aparición de episodios eróticos o sexuales.

La segunda opinión reflejada por Giménez-Frontín, propiciada por un periodista, tiene que ver con la política. Se trata de la evolución de la conciencia crítica del propio Giménez-Frontín. Se le achaca que en el libro se

tiende a eludir el análisis de una seria transformación en las valoraciones, juicios y compromisos de la conciencia. En su descargo, «el narrador, o sea, yo» dice que al volver la vista atrás reconoce su falta de interés objetivo: «desde la infancia hasta la madurez ha buscado su integración a ser posible extática en una u otra colectividad, y ha fracasado en el intento» (pág. 413).

La reflexión, que condensa en buena medida vida y obra, actitud como habitante del mundo y como escritor, se presenta clarividente:

El narrador, por su parte, ha dejado constancia de cómo su entorno —la cultura juvenil del rock, el descubrimiento del LSD, las perpetuas vacaciones en comunas sin duda más pequeñoburguesas que propiamente libertarias— le fue marcando gradualmente y resituando cada cosa en su lugar: el yo con su conciencia crítica a un lado y los otros a otro. E incluso más: el yo, con su posibilidad de una ocasional anulación extática de la conciencia del tiempo a un lado; y el tiempo exterior, profano y laboral al otro (Giménez-Frontín, 2008: 417).

El acto de escribir resultará, al fin y al cabo, el origen y el final de la autobiografía (Sprinker, 1991: 127), y en el caso de Frontín es posible que puedan llegar a fundirse y confundirse sujeto, yo y autor.

A partir del capítulo 68, la primera persona narrativa que fáticamente se iba intermitentemente dirigiendo al lector, en discretos apóstrofes, pasa a un desdoblamiento en una distante tercera persona, como se ha podido observar: «el narrador» o incluso «nuestro narrador». Tendrá que ver con esa idea dual entre «el yo reflexivo y los otros» (pág. 424).

Cierta austeridad de vida en sus estancias en Cadaqués plantea una dinámica en su carrera como escritor. Su obra emana una libertad ética y estética que lo conduce a la literatura para verter el pensamiento que se va generando año a año, lectura a lectura, experiencia a experiencia.

En sus novelas aparecen algunos de estos referentes. Cadaqués, por ejemplo, servirá de trasfondo en *Señorear la tierra*, al mismo tiempo que el México visitado once años antes, «al azar y prácticamente sin dinero, por los estados centrales y sureños» (pág. 213).

En *Un día de campo* se lee la expresión que ha de convertirse en toda una metáfora de la experiencia psicotrópica, ya que se trataba de un ritual «con gravedad sacramental» (pág. 169). Al respecto, se aprecia un agradecimiento al azar que le llevó al encuentro con la obra de Carlos Castaneda:

debo agradecerle a Castaneda algunas importantes lecciones morales, pero también pragmáticas. Entre ellas la de que un hombre no debe recrearse ni instalarse en las experiencias del otro lado de la percepción, atento siempre a no bajar la guardia en la realidad diurna y cotidiana (Giménez-Frontín, 2008: 171).

Para dar muestra de ello, quedó un poema de *El largo adiós* titulado «Como extranjero». Lo reproducimos completo:

COMO EXTRANJERO

*Elegir entre el trance y el ordenamiento
la ausencia de dolor y una mirada amante,
el magma o mar y la brazada, justa,
el mandala y, la rosa,
y achurar el cáliz.
O bien ir y venir
de la luz a la noche,
velar un día y embriagarse el otro,
ser cuerda tensa al viento
y ser el viento,
beber cicuta y traficar con sangre
— como extranjero que, imprevisible, habita
dominios ilusorios (Giménez-Frontín, 2008: 61).*

De *El idiota enamorado* se dice que fue escrito en Oxford (pág. 244). Aparece un personaje amante de la pedofilia, fruto de la fusión de dos sacerdotes, el padre R. y otro, responsable de una ONG relacionada con la infancia, que lo conoció ya en la Universidad (pág. 72). De *Justos y benéficos* dice que «releo con satisfacción» (pág. 314) y en *El carro del heno* muestra esa idea de «hereus revolucionaris» (pág. 46).

Una gran cantidad de escritores forman parte de esta narración: una crónica donde los cercanos, los conocidos, los tratados en alguna esporádica ocasión, los que merecieron su atención, amistad o respeto porque le emocionaron con la obra que habían sido capaces de crear, desde Borges (en su visita a Barcelona en 1980), a Alberti (en sus encuentros en Roma en 1970 y en Barcelona en 1989), a Cirlot (ex alumno del colegio de la calle Caspe), o al menos conocido Juan Bañuelos (en su visita a Barcelona en 2006) en encuentros ocasionales; desde Terenci Moix, Pepe Corredor-Matheos, Enrique Badosa a Ángel Crespo entre las amistades, o los sempiternos Tales de Mileto o Jean Genet, por poner algún ejemplo de quienes le acompañaron en *El Poema*.

Es importante la conciencia de *outsider* que guarda de sí mismo Giménez-Frontín, en todos los sentidos. No se puede hablar, evidentemente, de un radical o un marginal, pero sí es comprensible si se le acaba aceptando su punto de enfoque, muy cordial, social y correcto, desde donde impulsa sus palabras, todas (poemas, opiniones, ensayos, artículos de prensa, novelas). Sus valoraciones muchas veces levantan ampollas sin pretenderlo explícitamente, porque sabe situarse en un punto de la verdad que no tiene en cuenta el beneplácito de contentar a las gentes: cuenta su verdad, por dolorosa o provocadora que resulte. A todo esto contribuye el hecho de que los temas escogidos suelen ser delicados, evitados por los llamados «intelectuales» con opinión pública, temas por los que se suele pasar de puntillas, sin zambullirse en una opinión moral y firme. Por ejemplo, sobre la polémica «ley Maravall» dice lo siguiente:

Llegado de una universidad inglesa, no sin sorpresa constataba que la gran reforma socialista de Maravall estaba encarrilando los estudios superiores hacia el callejón sin salida de la más demagógica multiplicación de campus y de un feroz y endogámico corporativismo. Tenía la impresión —y con la perspectiva de los años no creo haberme equivocado demasiado— de que, por reforma democrática de la enseñanza universitaria, se entendió no tanto la supresión de privilegios como la de su extensión a todos los niveles (Giménez-Frontín, 2008: 256).

Hay que decir que pese a su defensa de la «casa de cristal» o «torre de marfil» que representa al aislamiento voluntario del pensador, Giménez-Frontín fue una persona muy social y fomentó los encuentros donde el debate, el intercambio de opiniones, el verse cada cierto tiempo, supone una alegría espiritual, una formación de la opinión y un pulimiento del criterio realmente sano y productivo.

Así las tertulias poéticas en las que participó y que han trascendido tienen el nombre de Bagatela, Pub Tuset, en torno a la revista *Hora de poesía*, o Sí Senyor, los primeros viernes de mes, donde se reunían Josep Guinovart, Christa Gottschewsky, Cesáreo Rodríguez Aguilera, Mercedes de Prat, Ángel Crespo y Pilar Gómez Bedate, Pepe y Feli Corredor-Matheos, Magda Bosch, José María Carandell y Pilar Brea (pág. 273).

A finales de 1968 empieza a escribir poesía con vocación antiliteraria, antorretórica. *La sagrada familia* —la suya carnal y la pétrea gaudiniana de Barcelona— resulta de un compendio de poemas dispersos reunidos para la ocasión. Manifiesta una de las claves de su pensamiento lírico en los prime-

ros años: «heredera del concepto simbolista de *salvación* existencial a través de la poesía» (pág. 158). La idea originaria de la poesía como salvación, como elemento carónico que traslada al escritor al otro lado de la realidad que no otra cosa es que la ficción —la cual devuelve a la primera otra realidad llamada literatura— sigue presente como portadora de armonía psicológica y emocional ante una ocupación laboral de alta tensión como es la de juez de distrito, que desempeñó desde 1984 a 1988.

En «Promulgación en el Palau», poema perteneciente a *Las voces de Laye*, se pone de manifiesto el barroco confesional que fue seña de identidad de la Compañía de Jesús. El poeta homenajea a esa edad dorada de la infancia en que, como participante del coro, conocía las excelencias del canto a cuatro voces, el canto coral, entre los oropeles de los festivales de otorgamiento de dignidades y honores de cada fin de curso en el Palau de la Música de Barcelona (pág. 65).

En *El ensayo del organista* se incluye el poema «El futuro que era», dedicado a Jean-Michel Folon. En las memorias cita una versión anterior, diferente en cuanto a la partición de los versos, idéntica en cuanto a las palabras utilizadas. En la obra citada aparece en forma de versículo: «Cuando el futuro todavía era imagen vagarosa de cargueros que derivaban por el mar de oro de un verano sin fin» (pág. 39).

En *Amor omnia* figura el poema «Los perros de Lautreamont», en el que se expone la radical desconfianza en la buena conciencia elevada a categoría política. Estas reflexiones marcan un punto importante en el desarrollo del ideario de Frontín, el haberse desprendido de los tópicos (en la adolescencia ya resolvió el tema católico tras averiguar la crueldad y el delirio patético que se oculta tras la idea de Infierno) del pensamiento para iniciar su camino en solitario:

Claro que nuestros líderes políticos, al igual que los más reputados intelectuales franceses de posguerra, también mantenían relaciones de simpatía y hermandad con la URSS, Cuba, Rumanía, Albania, Camboya o Corea del Norte. De lo que se trataba era de no mirarle a los ojos a Padilla, Arenas, Kundera, Hrabal, o a Soljenitsin (Giménez-Frontín, 2008: 426).

—Pero tú ¿a quién votas?

—¡Ah, eso! Mi partido —responde— es Giner de los Ríos, es Albert Camus, es Isaias Berlin, es Harold Bloom, y en él votamos cada día por María Zambrano, Hannah Arendt y Nina Hagen-Thorn (Giménez-Frontín, 2008: 427).

Hay también referencias al poemario *Que no muera ese instante*:

No deja de ser curioso, en todo caso, que este período, el de la judicatura, diera pie a la escritura de mi poemario menos racionalista y «social» [...] donde siento las claves de una poética con numerosos elementos de «nocturnidad», pero no desesperanza, a la que sigo siendo fiel desde entonces (Giménez-Frontín, 2008: 306).

La referencia en torno al nacimiento del poema dedicado a Bohumil Hrabal es sorprendente:

El caso es que Hrabal, ya muy disminuido y posiblemente astroso, mal afeitado y con resaca añeja, se presentó en La Pedrera literalmente apoyándose en Andreu Teixidor, su editor español, y la coordinadora de visitas consideró, calibrando su aspecto, que no valía la pena informarme de la presencia de aquel individuo, pese a ir acompañado del director de Editorial Destino en persona. Cuando me enteré de su visita a la mañana siguiente, me limité a regalar a mi colaboradora un ejemplar de Yo serví al rey de Inglaterra. A las veinticuatro horas llegó emocionada, casi con lágrimas en los ojos, porque se había pasado la noche en vela, arrebatada, leyendo. A Hrabal le habría gustado esta historia. Al poco, a las dos semanas, leí la escueta noticia de que el escritor se había arrojado al vacío desde su habitación de un hospital checo en el que le habían ingresado. Su habitación estaba en el quinto piso, pese a sus advertencias por escrito de que algún día se suicidaría desde un quinto piso. Prácticamente de corrido escribí sobre él —y para él— un poema, quiero pensar que hermoso (Giménez-Frontín, 2008: 342).

Una curiosa anécdota tocante a su oficio de crítico, queda reflejada con desternillante hilaridad. La anécdota está relacionada con el escritor colombiano Rafael Humberto Moreno-Durán:

acabo de enterarme por la prensa de su fallecimiento en su Colombia natal —y quizá por ello haya recordado la escena—, aquel joven, entre bromas y veras, primero se puso de rodillas implorando una crítica, y, luego, hablando de pronto con toda seriedad, me ofreció a cambio ¡un par de horas con su mujer! (Giménez-Frontín, 2008: 176).

La idea de Lejeune, en su estudio clasificatorio, de que el lector se convierte en juez del autobiografiado, parece subyacer —es complicado inferir si consciente o inconscientemente—, en la propuesta de Frontín. El pacto

referencial coexiste con el pacto autobiográfico, y resulta difícil diferenciarlos (Lejeune, 1991: 57).

El pensamiento del poeta se va forjando a base lecturas, intercambios de opiniones con selectas amistades al respecto en tertulias, encuentros y reuniones, diferentes viajes y experiencias en otras tierras, así como la huella de la vida misma. Desde su más temprana formación se van generando una serie de capas o núcleos ideológicos que irán conformando un sólido, firme y coherente método de filtrado de la información y la consiguiente respuesta verbal (sobre todo escrita, desde luego, pues es cuanto analizamos) con matices bien literarios, bien periodísticos (en su vertiente formal del artículo de opinión).

Las memorias, según nuestro parecer, devienen autobiografía cuando la reconstrucción del pretérito menciona aspectos que tienen que ver con los acontecimientos biográficos que trascienden en sus obras, tanto narrativas como poéticas. Así, Nora Catelli (1991: 13) rastrea las diferentes posibilidades de las autobiografías desde la clasificación de los Schlegel en *Athenäum* en 1799 o la idea de *máscara* en Goethe, hasta el análisis del *tropo* demaniano o el pacto de Lejeune.

En un autor como el Frontín que reconstruye en un libro al Frontín que fue —pañal y mortaja, como el que dice—, ese *otro*, y que lo hace como personaje de la obra literaria que él mismo creó, se establece un complejo juego de reflejos proyectados sobre el yo que firma y redacta las memorias, el yo que aparece en ellas como escritor de novelas y poemas en los que aparece el yo—Frontín narrador o el yo—Frontín poético. Una tríada de máscaras honestas y bienintencionadas que aportan pólvora nueva a todo intento de vinculación entre verdad y certeza que la máscara muestra y oculta.

De tal modo, seleccionamos los fragmentos que hacen referencia a estos momentos en lo que lo autobiográfico forma parte consciente de la obra literaria. Su primer relato, *Un día de campo*, pone de manifiesto una ingesta de LSD. Cuenta en las memorias la importancia de tal acontecimiento para fundar una parte categórica de su ideario:

ahora sí sé, aunque entonces no podía saberlo, que fue allí, en aquella primera experiencia que me llenó de atónita reverencia ante el espectáculo del universo vivo que me rodeaba, donde empezó a gestarse la comprensión intelectual de mi edad adulta y mi actual empatía sensorial y emotiva por algunos postulados del ecologismo que, con Lovelock a la cabeza, perciben el planeta, la Tierra, esa diosa madre de la religión originaria, a la manera

de un ser vivo que debe ser respetado. Comprensión y empatía con el ecologismo, así como con el pensamiento crítico frente al antropocentrismo (Giménez-Frontín, 2008: 171-172).

Pensamiento crítico frente al antropocentrismo. Las secuencias cognitivas que pretenden interpretar y representar el mundo, en particular las opiniones o afirmaciones que en la vida cotidiana suelen aceptarse como verdaderas, frente al mito y buena parte de la información controlada. El conocimiento y la inteligencia para llegar, de forma efectiva, a la posición más razonable y justificada sobre un tema. En buena medida, podría decirse que este tipo de enfoque no resulta excesivamente popular por la exigencia del método, que implica un conocimiento de un código complejo, y por los canales de difusión para llegar a un ciudadano medio no siempre preparado culturalmente y no siempre dispuesto al esfuerzo de acceso. Hablamos de herramientas intelectuales para distinguir lo razonable de lo no razonable, lo verdadero de lo falso. El escepticismo es un buen punto de partida para acceder al estudio y detección de las falacias o razonamientos inválidos, en muchas ocasiones malintencionados. Este método amparado en la claridad, la exactitud, la precisión, la evidencia y la equidad, emplea la lógica, la analítica y la evaluación de los resultados.

La realidad, la vida, la experiencia personal conforma un sólido entramado sobre el que aplicar este método al que Frontín se abona y ejerce desde su más temprana aparición en el ámbito de la literatura y el pensamiento desde finales de los años sesenta. Así, el enfrentamiento a cuestiones personales que son consecuencia de ese buscar la claridad en un bosque de injusticias (análisis y comprensión del mundo para transformarlo en un acto de solidaridad basado en ese compromiso con Gea y sus habitantes).

El cambio social experimentado en los sesenta, con el país dirigido por los tecnócratas del Opus Dei, es asimilado por Giménez-Frontín, con el paso de los años, de la siguiente manera:

el sistema había ido perdiendo ferocidad o, mejor dicho, había ido afinando la puntería: ya no se trataba de aterrorizar a las nuevas clases medias, sino de hacerles la vida lo más fácil posible dentro de un orden amnésico, timorato, mediocre y radicalmente antiliberal [...] Eso sí, todos los opositores al régimen, del «pelaje» ideológico que fuere, debían seguir siendo aplastados sin contemplaciones [...] el Opus Dei podía ejercer de «policía bueno» (Giménez-Frontín, 2008: 199).

En 1963 a Giménez-Frontín se le retira el pasaporte. En 1967 participa en asambleas y manifestaciones. Estudia la carrera de Derecho porque el conocimiento de las leyes es fundamental en la formación de alguien que instintivamente es empujado por un incontestable sentido de la justicia. De hecho, obtuvo un contrato de ayudante con Jiménez de Parga en su cátedra hasta 1967. También realiza estudios de Literatura, su gran pasión desde la infancia. El resultado será el de un licenciado en leyes en 1965, año en que finaliza su activa carrera como sindicalista (Sindicato Democrático de Estudiantes en la Facultad de Derecho), con deseos de proseguir sus estudios universitarios vinculados con las letras. Leyes que pudieren ser trasunto de las pacíficas armas con que afrontar, quijote Frontín, los entuertos de Occidente —en principio— y hacer extensivas sus *fazañas* también en los Orientales. Es interesante su reflexión sobre «el cambio de fe»:

Mi carrera como sindicalista, decía, acabó obviamente con la licenciatura a finales de 1965, aunque como buena parte del círculo más politizado de mis amigos me fuera radicalizando con contagioso entusiasmo. Si ahora me pregunto cómo es posible que no entrara a formar parte de inmediato de alguno de los partidos, facciones, grupos y subgrupos marxista-leninistas de aquellos años agitadísimos, no me atrevo a aventurar una respuesta clara. [...] habría resultado más dificultoso el tránsito a la moralina, más atractiva pero más feroz, de la militancia marxista. Sospecho que, en términos generales, cambiamos todos de fe, pero sin perderla (Giménez-Frontín, 2008: 118-119).

Da noticia del encierro de intelectuales en Montserrat en 1970 movido «por el disciplinado y curtido partido comunista de Cataluña» (pág. 202).

El Derecho será asumido por este abogado como una base legal de su pensamiento, porque, desgraciadamente, tras toda injusticia se oculta un quebrantamiento de leyes fundamentales. Las que afectan a los Derechos Humanos afectarán sentida y emotivamente a su propio aparato emocional, establecido entre la inteligencia y la filantropía. El conocimiento de la evolución de las leyes conducirá su pensamiento con tendencia a una moral universal, a una ética. Dejó una huella considerable la visita a un psiquiatra y su relación con la responsabilidad penal.

Como muestra un botón. Hay una denuncia con respecto a las actividades coloniales de Leopoldo II en el Congo (pág. 111), que acarrearón tres millones de centroafricanos en forma de cadáver. Hay que anotar que la poesía de Frontín, pese a mantener en determinados momentos una raíz

podría decirse social (el elemento desencadenante es una injusticia, un agravio al ser humano), no se trata, ni mucho menos, de un poeta social al uso, es decir, su discurso poético se ennoblece de una retórica que tiene que ver más con la poesía que con la anécdota social. Es una poesía culta, algo retórica, métricamente sencilla, fruto de un intelectual más que de un poeta que denuncia, romántico, su insatisfacción por el rumbo de una sociedad gobernada por la frivolidad, aunque no carente de ello.

Asuntos internacionales de la actualidad o bien asumidos por el conocimiento de la Historia, generan un espíritu de conciencia que deriva en un no silencio, en una denuncia aireada con la pluma o la Olivetti o las prensas de los medios en los que participa. Una denuncia elegante, razonada, metódica. Fría, inglesa, distante, dirán algunos, por hacer mudanza en la costumbre carpetovetónica, de índole más emocional y menos analítica, *grosso modo*. En alguna ocasión menciona, sentimental, ese «mundo escasamente hispánico» añorado, pues en el mundo español «el bulo y la maledicencia» componen la «enseña nacional» (pág. 123).

Cabe tener en cuenta el razonamiento de John Eakin a propósito de estos pasajes:

Cualquiera de los esquemas de comportamiento sugeridos por el texto que unen el acto presente de la composición con los hechos del pasado que reconstruye estarían sujetos a la acusación de que son conexiones válidas solo para sí mismo, retroactivamente impuestas en el recuerdo de la historia de la vida, con el interés de producir una relación ordenada y unificada de conciencia para fines estéticos, psicológicos o de otra índole (Eakin, 1991: 91).

La seriedad de su compromiso alcanza un grado tan vital como para que, verbigracia, el poeta Frontín, cuando está ingresado por vómitos de sangre, se siente apenado por no haber dejado lista su poesía reunida o por no ver publicados los poemas que formarían *El ensayo del organista*, más que por cualquier otro motivo.

Otra interesante referencia al pensamiento en la Historia tiene que ver con la herencia de la Ilustración y su relación con la Iglesia española:

el mayor enemigo ideológico del catolicismo, que, pese a la proximidad de la guerra civil, no era el anarquismo ferozmente anticlerical, ni el marxismo [...] el rabioso anticlericalismo del anarquismo ibérico es inimaginable fuera de nuestras fronteras, quizás porque se toma a la Iglesia católica absolutamente en serio [...] solo el pensamiento laico, burgués y liberal del

siglo XVIII no ofrece por activa ni por pasiva punto de conexión posible con el credo ortodoxo, y constituye, o al menos a mí me lo parece, el auténtico otro ideológico (Giménez-Frontín, 2008: 74).

Tras una visita un domingo por la mañana al manicomio de Sant Boi, dirigido «por el inefable doctor Sarró», organizada por el profesor Octavio Pérez Victoria, en su memoria permaneció una considerable huella de la condición humana y sus últimas consecuencias, incluida la del trato en según qué almacenes terminales. Uno de los condiscípulos era el novelista Eduardo Mendoza. Es posible que de una experiencia tal naciera el detective Ceferino. La reflexión de Frontín es la siguiente:

Con los años, yo me convertí en sincero propagandista en los semanarios culturales de las teorías antipsiquiátricas de Ronald Laing y de Franco Basaglia, en sintonía con los postulados de la «revolución» cultural de mi generación, a los que en este terreno tiende a ser matizadamente fiel (Giménez-Frontín, 2008: 103).

Giménez-Frontín creyó en una reconstrucción del mundo, en el formar parte como compañero de viaje de una colectividad identificada como clase —la clase trabajadora en la que se integraban los estudiantes, los intelectuales y los artistas—. Los sueños revolucionarios de unos jóvenes con quienes identificarse, desde Berkeley hasta La Sorbona. También era posible desde el activismo en Barcelona:

Y lo más importante: este compromiso personal, esa comunión con las masas a la luz del marxismo no se hacía al margen, sino en nombre precisamente de la conciencia crítica. La dolorosa escisión entre el yo y los otros [...] quedaba ahora intelectual y hegelianamente superada en el compromiso con las masas (Giménez-Frontín, 2008: 416).

Unos estudiantes de la Facultad de Derecho que, desde el punto de vista de sus familias, se estaban labrando un futuro acorde con su categoría social y que ellos se plantearon durante años esa pertenencia, y se plantearon también qué iba a ser de sus vidas si abandonaban la alta cuna, si trampeaban entre sus convicciones y sus herencias:

Me refiero al rechazo de los privilegios de clase que, con ingenuidad, pensábamos que eran tan fácilmente desechables como la ropa vieja. Porque el caso es que en mi generación fue notablemente alto el número de

jóvenes que quisimos «independizarnos», lanzándonos a nadar a pecho más o menos descubierto y sin guardar la ropa a lo Kavafis (Giménez-Frontín, 2008: 133).

Giménez-Frontín mantuvo cierto orgullo *hippioso* —como a él gustaba decir—, aunque el adiós a la época comunera y el enderezar su vida adulta tiene lugar con el traslado a Francia de su ex esposa con su hijo en los años setenta (pág. 145):

Era septiembre de 1972, y me detengo en esta fecha y en esta reflexión porque yo, por aquel entonces, aún estaba lejos de preguntarme cómo era posible que hubiera dado, con la mayoría de mis amigos, el paso de una conciencia católica practicante a cierto grado de militancia marxista con tan escaso trauma y tan envidiable naturalidad. Y más lejos aún de plantearme la posibilidad de nexos soterrados entre las dos tendencias —catolicismo de base y marxismo histórico— que conformaban prácticamente en exclusiva —y siguen conformando, aunque no siempre con los mismos nombres— el firme tejido ideológico de mi patria natal (Giménez-Frontín, 2008: 63).

Su opinión crítica va creando sedimentos en su pensamiento y acabará conformando una sólida ideología desde la que afrontará cualquier acontecimiento con un coherente y tajante aparato crítico nacido desde la ética y la conciencia. De tal modo, esa hermandad hindú de carácter politeísta con los animales: caballos, elefantes, gatos... hermano Frontín, podría decirse.

De su viaje a la India enfatiza la gran maravilla presenciada: los *gats* de Benarés (pág. 307). Un viaje de los que «dejan huella» (pág. 309), que le llevará a preparar una edición del *Ramayana* para niños.

Del mismo modo, resalta viajes a lugares de ensueño que permanecían en su imaginario infantil: Palenque, Stonhenge, Luxor, Abu Simel. Y tenía aspiraciones de llegar a presenciar los jardines de Kyoto o Angkor (pág. 308). Destaca la experiencia de ese mar atravesado para llegar a Egipto en su viaje de Ecuador de carrera, siempre acompañado de referencia literarias, como «la Alejandría de Durrell» (pág. 108).

Otra de las fuentes de formación e información es el cine, desde su experiencia infantil con tía Anita en el Cine Publi del paseo de Gracia. Así, en la obra aparecen referencias como *El gatopardo*, *Mr. Arkdin* de Orson Welles, *Mama Roma* de Pasolini, *Querelle* de Fassbinder, *La noche del cazador*, *El sol del membrillo*, las referencias al Surrealismo de *Un perro andaluz*, tema en el que Giménez-Frontín era un experto, o bien a los directores

Pere Portabella, Ronald Joffé (el largometraje *Los niños del coro* de 1986) o a Buñuel y Berlanga.

La música también contribuirá a la formación de la sensibilidad del poeta. Desde la tradicional hindú representada por Ravi Shankar, hasta ese mundo de la canción francesa de autor que manifestaron Brassens, Brel o la Piaf, pasando por los arrebatos místicos de Janis Joplin. La música concebida como clásica fluctúa desde Bach a Mozart (*Misa en do mayor* o el *Requiem*), de Schubert y sus sonatas para *arpeggione* hasta el *Concierto para flauta* de Vivaldi, mencionando al más reciente Satie. Y en cuanto a la ópera, alude a Purcell (*Dido y Eneas*), Verdi, Puccini (*Tosca*) o Bellini.

De la relación generacional entre poetas, merece glosar su opinión e interesa entresacar el comentario referente a José Agustín Goytisolo:

para sobrevivir, toda generación debe tomar sus distancias con la inmediatamente precedente, también lo es que con relación a nuestros mosqueteros, la mía ha procedido siempre con respeto. Yo mismo, que no puedo alardear de amistad relevante ni de intimidad con ninguno de ellos, quiero evocar algunos momentos intelectualmente singulares. [...]

el realismo era más un compromiso en su militancia antifranquista que una opción exactamente estética. José Agustín tenía un finísimo oído para escandir los ritmos de la lengua poética castellana y su reflexión moral sobre la realidad estaba siempre a punto de convertirse en canción (Giménez-Frontín, 2008: 154).

A raíz de su relación con Tazeen, una postgraduada bengalí del St. Anthony's, entra en contacto con la comunidad bengalí. Con tal pretexto, lleva a cabo una interesante reflexión:

Hoy, en un mundo donde los fanáticos de uno y otro lado han ido imponiendo su regresiva visión de la historia, la cultura, la sociedad y la ley, recuerdo aquellas tensiones entonces no del todo evidentes y, con perdón de las tesis del multiculturalismo —aparentemente progresistas, pero que de hecho condenan a la sumisión, en nombre del respeto a la tradición, a infinidad que luchan por escapar de ella-, debo confesar un pesimismo me temo que bastante justificado (Giménez-Frontín, 2008: 249).

Un libro de memorias, en definitiva, que nace en una España que se rehace de una guerra civil bajo un poder militar que tiene, prácticamente, secuestrada la información. Un libro de memorias que concluye en unos

tiempos en que el ámbito de la cultura es cada vez más competitivo. Giménez-Frontín se encargaba, al mismo tiempo:

de la gestión de un edificio «Patrimonio de la Humanidad» abierto al público, una editorial, una productora de música y espectáculos, exposiciones internacionales y un significativo etcétera, además de hacer gala de tacto y diplomacia frente a las expectativas e intereses político-culturales de la hipersensible sociedad catalana, y last but not least de no olvidar nunca la promoción publicitaria de Caixa Catalunya, que era la que ponía cada año los millones encima de la mesa... [...]

Más de un amigo se sorprendía de que, durante esos años, aún me quedara tiempo para seguir publicando incluso narrativa, cuya escritura se supone que requiere mayor dedicación diaria que la de la poesía. Pensaba alguno —Juan Marsé me lo largó en un par de ocasiones— que mi trabajo en la fundación era todo un «chollo», una fabulosa sinecura (Giménez-Frontín, 2008: 394).

Así fue la existencia de los nacidos en casa confortable en plena posguerra, volcados con su instrucción a restaurar las mínimas condiciones de dignidad para los creadores, por lo que el autor define a su generación «con la contradictoria amalgama de compromiso político, pasión por la cultura —en especial literaria— e ingesta muchas veces ritualizada de psicotrópicos» (pág. 197).

Quizás buena parte del motivo de este artículo sea el de haber conocido el pensamiento de un representante de esa generación precedente, pues, como a su vez dice Giménez-Frontín de Carlos Barral, a raíz de cierto malentendido: «dice mucho de su elegancia moral» (pág. 156).

En esta valoración hemos anclado el estudio porque «el arte de la memoria encierra un fabuloso tesoro (...) salvado gracias al poder mágico de la escritura» (Romera Castillo, 1992: 248). He ahí la respuesta a la representación de la transmisión de las ideas (las éticas y las estéticas), mediante las lecturas, los diálogos y las acciones, muchas veces silenciosas. De tal modo, citaremos un acontecimiento en que un representante de la llamada generación de los 50 es enterrado. La escena es absolutamente silenciosa, como requiere el canon de gravedad de la ocasión. Giménez-Frontín fue heredero de esta generación poética (antes Cirlot, Valente, Hierro, de Ory, Crespo, Lizano, Corredor-Matheos, Badosa o Gamoneda que la llamada Escuela de Barcelona —Costafreda al margen—, por la que solo, en una primera etapa, manifestó cercanía a Jaime Gil).

Giménez-Frontín, pese a la fehaciente distancia arriba apuntada con sus predecesores, asume la gran lección ritual, la profunda liturgia de la transmisión del pensamiento de quienes ya se fueron y se dispone a dejar constancia de su memoria:

Era principios de otoño de ese mismo 1995 cuando, desde la ACEC, por fin pudimos organizar unas Jornadas Poéticas en homenaje a Ángel² y realizar una ofrenda floral en su tumba. Llegaron amigos suyos de Lisboa, como el poeta Antonio Osorio, de Canarias, como Andrés Sánchez Robayna, y de Madrid, como César Antonio Molina. [...] Como clausura, ya en la tumba de Ángel, su gran amigo, el poeta manchego Carlos de la Rica, pronunció unas palabras muy hermosas por su humanidad y sencillez. Carlos de la Rica, como el sacerdote culto y algo heterodoxo que era, parecía la persona apropiada para dirigir el acto, y la verdad es que nunca he escuchado unas exequias tan hermosas, que dignificaban sin distinción a los creyentes y a la inmensa mayoría de agnósticos y de descreídos que le rodeábamos. Solo más tarde comprendimos que él también se había estado despidiendo (Giménez-Frontín, 2008: 283).

Asimismo, este artículo, porque con Rilke, «siempre despidiéndonos», como se despidió en público y sutilmente Carlos de la Rica, ya que dos años después abandonaría este diablo mundo. La memoria de los que nos fundaron. La presencia de un ideario cosido entre los renglones de su poesía, de su literatura. La reflexión de Giménez-Frontín (no sería distinguido caer en el fácil lugar común y hablar de premonición), cuando se halla ingresado en la clínica Dexeus, en mayo de 1999, sobre la existencia, la voluntad y la Naturaleza, servirá para ir concluyendo este artículo:

Durante aquellos largos días y noches todavía más largas tuve ocasión de reflexionar sobre muchas cosas. Por ejemplo, sobre la sabiduría de la naturaleza cuando entontece a los humanos en algunas enfermedades [...] no hay expresión mayor de bondad y amistad que la formulación del deseo, para allegados y amigos, de una «buena muerte». [...] aquella observación de Plinio sobre la superioridad de los humanos sobre los dioses: porque los dioses no podían evitar el ser eternos, mientras que los humanos eran libres de decidir, cuando detectaban los primeros síntomas de decrepitud o de degradación física o mental, poner fin con dignidad a su vida antes de que ésta se extinguiera, y les extinguiera, con indignidad (Giménez-Frontín, 2008: 361-2).

² Se refiere a Ángel Crespo.

La configuración textual de una identidad transforma el proceso de escritura en una investigación sobre la propia memoria e intervienen factores tan importantes como el olvido, la narración y la condición indispensable de toda obra de arte: el tiempo.

Giménez-Frontín pertenece a esa segunda generación de memorialistas si tomamos como referencia la fecha de la muerte del dictador. A partir de 1975 se editan los testimonios de aquellos que vivieron los acontecimientos fratricidas y sus consecuencias. Los niños de la postguerra habrán de esperar, como es el caso, al cambio de siglo para ofrecer una perspectiva diacrónica de los sucesos tanto memoriales como biográficos.

El lector captará con su propio filtro los asuntos más relevantes según su criterio. De tal modo, apreciamos en otra reseña una opinión superficial en cuanto a lo teórico del género y más eficaz en cuanto al reclamo popular: «constituye un testimonio interesante sobre los hijos de la burguesía catalana del franquismo convertidos en intelectuales antifranquistas» (Freixas, 2008).

Por otra parte, la reseña de Sergi Doria incide en los matices temporales: «Y lo hizo de la forma más modélica que permiten unas memorias: sin la autojustificación que se escuda en cronologías y circunstancias. Contado desde el *ahora* y *aquí*, el pasado deviene en moraleja» (Doria, 2008).

Lejeune (1994: 83) ya había hablado del gusto del lector por el rastreo en las obras de ficción de las claves autobiográficas de los autores. Si apelamos a la estética de la recepción, tendremos en cuenta valores como la reconstrucción de lo vivido por parte del lector y el cambio de intenciones del mismo según el paso de los tiempos. Frente al quizás inicial objetivo exhibicionista de algunos memorialistas, Anna Caballé aporta algún matiz:

No todo es vanidad. Ahora los lectores hemos aprendido a apreciar en un libro de memorias cosas más sutiles e instructivas: por ejemplo la capacidad que tiene una autobiografía de trasladarnos del recinto de la vida personal, privada, al ancho mundo del conocimiento del Otro; la posibilidad que implica un texto autobiográfico de transferir la experiencia propia a otros por el hecho de sintetizarla en un relato (Caballé, 2008a).

La reconstrucción o representación del yo que dice los recuerdos, la lengua que reinventa el reconocimiento del autor en el pretérito, tiene que ver con fenómenos lingüísticos como la metáfora, lo prosopopeya y los tropos, «el lenguaje solar de la cognición que hace a lo desconocido accesible a la mente y a los sentidos» (De Man, 1991: 117). Un Paul de Man que, aun

cuestionando la propuesta de Lejeune en aspectos fundamentales como el nombre propio y la firma, indaga en el complejo mundo de las *plasmaciones vivenciales* y sus connotaciones. He ahí la metáfora del adiós, la prosopopeya de lo vivido frente a los tropos de la identidad interpretada por alguien que pudo parecerse al yo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CABALLÉ, Anna (1991). «Memorias y autobiografías en España (siglos XIX y XX)». En *La autobiografía y sus problemas teóricos*, 143-169. Barcelona: *Suplementos Anthropos* 29, diciembre.
- (2008a). «Presentación de *Los años contados*». Texto leído en La Central del Raval (13 de octubre de 2008).
- (2008b). «Un retrato de los tiempos». *ABC Cultural*, 1 de noviembre, 27.
- CATELLI, Nora (1991). *El espacio autobiográfico*. Barcelona: Lumen.
- DE MAN, Paul (1990). *Alegorías de la lectura: lenguaje figurado en Rousseau, Nietzsche, Rilke y Proust* (traducción de Enrique Lynch). Barcelona: Lumen. Ed. original: *Allegories of Reading: Figural Language in Rousseau, Nietzsche, Rilke, and Proust*, Yale University, 1979.
- (1991). «La autobiografía como desfiguración». En *La autobiografía y sus problemas teóricos*, 113-117. Barcelona: *Suplementos Anthropos* 29, diciembre.
- DORIA, Sergi (2009). «Memoria y moraleja». *Revista de libros* 149, 44.
- EAKIN, John (1991). «Autoinvención en la autobiografía: el momento del lenguaje». En *La autobiografía y sus problemas teóricos*, 79-92. Barcelona: *Suplementos Anthropos* 29, diciembre.
- FERNÁNDEZ PRIETO, Celia y HERMOSILLA, María Ángeles, eds. (2004). *Autobiografía en España: un balance*. Madrid: Visor Libros.
- FREIXAS, Laura (2008). «Los hijos de los vencedores». *La Vanguardia*, Suplemento *Culturas*, 12 de noviembre, 13.
- GIMÉNEZ-FRONTÍN, José Luis (1996). *Woodstock road en julio. Notas y diario*. Pamplona: Pamiela.
- (2008). *Los años contados*. Barcelona: Bruguera.
- GUSDORF, Georges (1991). «Condiciones y límites de la autobiografía». En *La autobiografía y sus problemas teóricos*, 9-17. Barcelona: *Suplementos Anthropos* 29, diciembre.

- LEJEUNE, Philippe (1991). «El pacto autobiográfico». En *La autobiografía y sus problemas teóricos*, 47-61. Barcelona: *Suplementos Anthropos* 29, diciembre.
- (1994). *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul-Endymión.
- LOUREIRO, Ángel G. (1991). «Problemas teóricos de la autobiografía». En *La autobiografía y sus problemas teóricos*, 2-8. Barcelona: *Suplementos Anthropos* 29, diciembre.
- (1993). «Direcciones en la teoría de la autobiografía». En *Escritura autobiográfica*, José Romera Castillo *et alii* (eds.), 33-46. Madrid: Visor Libros.
- MOLINO, Jean (1991). «Interpretar la autobiografía». En *La autobiografía en lengua española en el siglo veinte*, Antonio Lara Pozuelo (ed.), 107-137. Lausanne: Hispánica Helvética.
- ROMERA CASTILLO, José (1980). «La literatura autobiográfica como género literario». *Revista de Investigación* (Soria: Colegio Universitario) IV.1, 49-54.
- (1991). «Panorama de la literatura autobiográfica en España». En *La autobiografía y sus problemas teóricos*, 170-184. Barcelona: *Suplementos Anthropos* 29, diciembre.
- (1992). «Literatura autobiográfica en España: apuntes bibliográficos sobre los años ochenta». En *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas 1989*, vol. 3, 241-248. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias (PPU).
- (1994). «Escritura autobiográfica cotidiana: el diario en la literatura española actual (1975-91)». *Revista Marroquí de Estudios Hispánicos* (Fez) 3, 3-18.
- (2006). *De primera mano. Sobre escritura autobiográfica en España (siglo XX)*. Madrid: Visor Libros.
- SÁNCHEZ ZAPATERO, Javier (2010). «Autobiografía y pacto autobiográfico: Revisión crítica de las últimas aportaciones teóricas en la bibliografía científica hispánica». *OGIGIA* 7, 5-17.
- SPRINKER, Michael (1991). «Ficciones del ‘yo’: el final de la autobiografía». En *La autobiografía y sus problemas teóricos*, 118-128. Barcelona: *Suplementos Anthropos* 29, diciembre.

VILLANUEVA, Darío (1993). «Realidad y ficción: la paradoja de la autobiografía». En *Escritura autobiográfica*, José Romera Castillo y Francisco Gutiérrez Carbajo (eds.), 15-31. Madrid: Visor Libros.

WEINTRAUB, Karl J. (1991). «Autobiografía y conciencia histórica». En *La autobiografía y sus problemas teóricos*, 18-31. Barcelona: *Suplementos Anthropos* 29, diciembre.

Recibido el 14 de marzo de 2013.

Aceptado el 19 de septiembre de 2013.

